

parte á dar esa música, por excusar el escándalo y mal ejemplo que se da á la vecindad, respeto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi señora doña Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco, y no le estar bien á su profesion y estado que semejantes cosas se hagan á su puerta y á tales horas, que de otra suerte y por otro estilo y con ménos escándalo la podrá recibir de ustedes.

A lo cual respondió uno de los dos pretendientes:

—Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir á mi señora doña Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco, que se ponga en esa ventana, que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio.

—¡Huy! ¡huy! —dijo la dueña: —¡en eso por cierto está mi señora doña Esperanza! Sepa, señor mio, que no es de las que piensa; porque es mi señora muy principal, muy honesta, muy recogida, muy discreta, muy leida y muy escribida, y no hará lo que usted la suplica, aunque la cubriese de perlas.

Estando en este deporte y conversacion con la repulgada dueña del *huy* y de las *perlas*, venia por la calle gran tropel de gentes, y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y recogieron en medio del escuadron el bagaje de los músicos, y como llegase la justicia, empezaron á repicar los broqueles y crujir las mallas, á cuyo són no quiso la justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla, sino que pasó adelante, por no parecer á sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia.

Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música, mas uno de los dueños de la máquina no quiso proseguir, si la señora doña Esperanza no se asomase á la ventana, á la cual ni aún la dueña se asomó por más que la volvieron á llamar, de lo que enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa y quebralle la celosía, y darle una matraca ó cantaleta: condicion propia de mozos en casos semejantes. Mas aunque enojados, volvieron á hacer la refaccion de la música con algunos villancicos; volvió á sonar la gaita y el enfadoso y brutal són de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata.

Casi al alba sería cuando el escuadron se deshizo, mas no el enojo que los manchegos tenían, viendo lo poco que habia aprovechado su música, con el cual se fueron á casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca, y se sientan en cabecera de banco, el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado, y sobre todo amigo de valientes, al cual le contaron muy por extenso su suceso sobre la belleza, donaire, brío y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tia, y el poco ó ninguno remedio que esperaban para gozaria, pues el de la música, que era el primero y el postrer servicio que ellos podian hacerla, no les habia aprovechado ni servido de más que indignarla, con el disfame de la vecindad. El caballero, pues, que era de los de campo traves, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaria para ellos, costase lo que costase, y luégo aquel mismo dia envió un recado, tan largo como comedido, á la señora doña Claudia, ofreciendo á su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor.

Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinacion y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el paje, diciendo la verdad, le retrató de suerte que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no ménos larga y comedida que habia sido la embajada.

Entró la dueña, recebióla el caballero cortésmente, sentóla junto á sí en unasilla, y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, porque venia algo fatigadilla del camino; y ántes que le dijese palabra del recado que traia, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas della, haciéndola enjugar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola, y más contenta que si la hubiesen dado una canongia. Propuso luégo su embajada con sus torcidos, repulgados y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy forjada mentira, cual fué que su señora doña Esperanza Torralva, Meneses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió; mas que con todo eso no habria para su merced puerta de su señora cerrada.

Respondióla el caballero que todo cuanto le habia dicho del merecimiento, valor, hermosura, recogimiento y principalidad, por hablar á su modo, de su ama lo creia; pero que aquello del pulcelaje se le hacia algo durillo; por lo cual le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabia, y que la juraba á fe de caballero, que si le desengañaba, le daria un manto de seda de los de cinco en puas.

No fué menester con esta promesa dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atezarle los garrotes para que la melindrosa dueña confesase la verdad, la cual era, por el paso en que estaba y por el de la hora de su postrimería, que su señora doña Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco estaba de tres mercados, ó por mejor decir de tres ventas, añadiendo el cómo y en cuánto, el con quién y en dónde, con otras mil circunstancias, con que quedó D. Félix, que así se llamaba el caballero, satisfecho de todo cuanto saber queria; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, donde queria hablar á solas con la Esperanza, sin que lo supiese la tia.

Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos que llevase á su ama, y dióla en dinero cuanto pudiese costar el negro manto. Tomó la orden que tendria para entrar aquella noche en la casa, con lo cual lo dueña se fué loca de contenta, y él quedó pensando en su idea y aguardando la noche, que le pareció tardaba mil años, segun deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas.

Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue, y hecho un San Jorge, sin amigo ni criado, se fué D. Félix donde halló que la dueña le esperaba, y abriendo la puerta, le entró en casa con mucho tino y silencio, y le puso en el aposento de su señora Esperanza, tras las cortinas de su cama, encargándole no hiciese ningun ruido, porque ya la señora doña Esperanza sabia que estaba allí, y que sin que su tia lo supiese, á persuasion suya queria darle todo contento; y apretándole la mano en señal de palabra de que así lo haria, se salió la dueña y D. Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué habia de parar aquel embuste ó enredo.

Serian las nueve de la noche cuando entró á esconderse D. Félix, y en una sala conjunta á este aposento estaba la tia sentada en una silla baja de espaldas, la sobrina en un estrado frontero, y

en medio un gran brasero de lumbre. La casa puesta ya en silencio, el escudero acostado, la otra dueña retirada y dormida, sola la sabedora del negocio estaba en pié y solicitando que su señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el reloj habia dado eran las diez, muy deseosa de que sus conciertos viniesen á efecto, segun su señora la moza y ella lo tenían ordenado, cuales eran: que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello que D. Félix diese fuese para ellas solas, sin que tuviese que ver ni haber en ello la vieja, la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiria, que jamas le daba un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester; pensando sisalle este contribuyente, de los muchos que esperaban tener andando el tiempo. Pero aunque sabia la dicha Esperanza que D. Félix estaba en casa, no sabia la parte secreta donde estaba escondido. Convidada, pues, del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar á Claudia, y así en medio tono comenzó á decir á la sobrina en esta guisa:

—Muchas veces te he dicho, Esperanza mia, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre, los cuales, si los guardas, como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho quanto la misma experiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán á entender. No pienses que estamos en Placencia, de donde eres natural; ni en Zamora, donde comenzaste á saber qué cosa es mundo; ni ménos estamos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intrincada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mia, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez ó doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos por la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mismas condiciones. Porque los vizcainos, aunque son pocos, es gente corta de ra-

zones; pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor á mojicones. Hay tambien una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: ténlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas más, y si más quieres saber, sábete, hija, que no saben de burlas: porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos ténlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por lo ménos, si no dan no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquinia, que si llega á plata lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, nõ que cinco; porque son agudos y perspicasces de ingenio, astuto, sagaces, y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades; porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en lacería. Mira pues, Esperanza, con qué variedad de gentes has de tratar, y si será necesario, habiéndote de engolfar en un mar de tantos bajíos, que te señale yo y enseñe un norte por donde te guies y rijas, porque no dé al traves el navío de nuestra intencion y pretensa, y echemos al agua la mercadería de mi nave, que es tu gentil y gallardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garabato para cuantos dél toman envidia. Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta universidad que sepa tan bien leer en su facultad, como yo sé y puedo enseñarte en esta arte mundanal que profesamos; pues así por los muchos años que he vivido en ella y por ella, como por las muchas experiencias que he hecho, puedo ser jubilada. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte del todo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso quiero que me estés atenta y me des grato oido; porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las leva cogidas, pues segun el viento tal es el tiento.

Estaba á todo lo dicho la dicha niña Esperanza bajos los ojos y

escarbando el brasero con un cuchillo, inclinada la cabeza, y al parecer muy contenta y obediente á cuanto le iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, le dijo:

—Alza, niña, la cabeza, y deja de escarbar el fuego; clava y fija en mí los ojos, no te duermas; que para lo que quiero decir, otros cinco sentidos más de los que tienes debieras tener para aprenderlo y perceberlo.

A lo cual replicó Esperanza:

—Señora tia, no se canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga, que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo volvérmela á quebrar. Mire ahora ¡qué más tienen los hombres de Salamanca que los de las otras tierras! ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos más letras y estudios que los otros? Antes imagino yo que los tales se ciegan y caen más presto que los otros, porque tienen más entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay más que hacer que incitar al tibio, provocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, escribir al ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama? Todas estas cosas, señora tia, ya me las sé yo de coro: tráigame otras nuevas que avisarme y advertirme, y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir y le aseguro, para que dello esté muy cierta y enterada, y es: que no me dejaré más martirizar de su mano por toda la ganancia que se me pueda ofrecer. Tres flores he dado ya, y otras tantas las ha usted vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo por ventura de bronce? ¿No tienen sensibilidad mis carnes? ¿No hay más sino dar puntadas en ellas como ropa descosida? ¡Por el siglo de mi madre, que no conocí, que no lo tengo más de consentir! Deje, señora tia, ya rebuscar mi viña: que á veces es

más sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía está determinada que mi jardín se venda por entero y jamás tocado, busque otro modo más suave de cerradura para su postigo; porque el del sirgo y aguja no hay pensar que llegue más á mis carnes.

—¡Ay, boba, boba,—replicó la vieja Claudia,—y qué poco sabes destos achaques! No hay cosa que se iguale para este menester á la de la aguja y sirgo encarnado; que todo lo demás es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio molido; vale mucho ménos la sanguijuela; la mirra no es de algun provecho, ni la cebolla albarana, ni el papo de palomino, ni otros impertinentes menjurjes que hay, que todo es aire: porque no hay rústico ya, que si tantico quiere estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vivame mi dedal y mi aguja, y vivame juntamente tu paciencia y buen sufrimiento, y venga á embestirme todo el género humano, que ellos quedarán engañados, tú con honra y yo con hacienda y más ganancia que la ordinaria.

—Yo confieso ser así, señora, lo que dice,—replicó Esperanza,—pero con todo, estoy resuelta en mi determinacion, aunque se menoscabe mi provecho. Cuanto y más que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego; que si, como dice, hemos de ir á Sevilla para la venida de la flota, no será razon que se nos pase el tiempo en flores, aguardando á vender la mia cuarta vez, que ya está negra de puro marchita. Váyase á dormir, señora, por mi vida, y piense en esto; y mañana habrá de tomar la resolucion que mejor le pareciere, pues al cabo al cabo, habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y más que madre.

Aquí llegaban en su plática la tia y la sobrina, la cual plática toda la habia oido don Félix, no poco admirado, cuando, sin ser poderoso para excusarlo, comenzó á estornudar con tanta fuerza y ruido que se pudiera oír en la calle. Al cual, se levantó doña Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hubieran dicho, se fué derecha á la cama, y alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada la espada, calado el sombrero, muy aferruzado el

semblante y puesto á punto de guerra. Así como le vió la vieja, comenzó á santiguarse diciendo:

—¡Jesús, valme! ¿Qué gran desventura y desdicha es esta? ¡Hombres en mi casa, y en tal lugar y á tales horas! ¡Desdichada de mí! ¡Desventurada fui yo! ¿Qué dirá quien lo supiese?

—Sosiéguese usted, mi señora doña Claudia,—dijo don Félix,—que yo no he venido aquí por su deshonor y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, rico y callado, y sobre todo enamorado de mi señora doña Esperanza; y para alcanzar lo que merecen mis deseos y aficion, he procurado, por cierta negociacion secreta que usted sabrá algun dia, ponerme en este lugar, no con otra intencion sino de ver y gozar desde cerca de la que de lejos me ha hecho quedar sin vida. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y á tiempo somos donde y cuando se me pueda dar: pues ninguna me vendrá de sus manos que yo no estime por muy crecida gloria, ni podrá ser más rigurosa para mí, que la que padezco de mis deseos.

—¡Ay sin ventura de mí,—volvió á replicar Claudia,—y á cuántos peligros estamos expuestas las mujeres que vivimos sin maridos y sin hombres que nos defiendan y amporen! Ahora sí que te echo de ménos, malogrado de tí, don Juan de Bracamonte, mal desdichado consorte mio; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusion y afrenta en que me veo. Usted, señor mio, sea servido luego al punto de volverse por donde entró; y si algo quiere en esta casa de mí ó de mi sobrina, desde afuera se podrá negociar con más despacio, con más honra y con más provecho y gusto.

Para lo que yo quiero en la casa,—replicó D. Félix,—lo mejor que ello tiene, señora mia, es estar dentro della; que la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, que es el provecho; y por lo que hace al gusto sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras, y que sean verdaderas estas mias, esta cadena de oro doy para fiador dellas; y quitándose una buena cadena de oro del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponía en el suyo.

A este punto, luego que vió tal oferta y tan cumplida parte de